

tolerante, menos sometida á fórmulas y por consiguiente más libre en materia de conciencia, predominó en el ejército; su jefe militar fué Cromwell. Al cabo de cinco años, vencido el rey, se refugió entre los escoceses que lo vendieron miserablemente. Conducido á la isla de Wight, trató de aprovechar las disensiones entre puritanos é independientes para ganar tiempo y dar lugar á una nueva rebelión que estalló entre los escoceses arrepentidos y tornó á incendiar al país; pero fué sofocada, y con esto Cromwell y el ejército adquirieron mayor fuerza, pidiendo que se expurgara el Parlamento de todos los moderados, que se suprimiera la monarquía y se juzgara al rey. Todo se hizo; el Parlamento quedó reducido á una fracción (por lo que se le llamó el *Rump Parliament* ó Rabadilla-Parlamento) y el rey juzgado y sentenciado á muerte, que sufrió con el valor caballeresco y digno que le era característico (1649).

3. *Los puritanos. La República. Cromwell.*—Establecida la República con su Consejo de Estado y su Parlamento mutilado, el ejército dirigido por Cromwell ahogó en sangre la rebelión irlandesa; los terrenos confiscados á los rebeldes fueron repartidos entre soldados y colonos ingleses que mantuvieron á la población irlandesa moribunda á sus pies. Después Escocia, sublevada por el hijo de Carlos I, se presentó amenazadora; Cromwell concluyó con la rebelión después de reñidos combates, y sus oficiales conquistaron todo aquel reino á la República, mientras las escuadras inglesas preponderaban en el mar sobre las holandesas y dominaban el Canal. La preparación de una ley electoral, que al ponerse en vigor habría devuelto el poder á los presbiterianos, enconó de nuevo al ejército contra el Parlamento que Cromwell disolvió (1653).

Oliverio Cromwell era un hombre lleno de astucia y energía; en su alma se conjugaban el fanatismo religioso, la ambición de mando, el genio político y la aptitud militar, todo ello en dosis superiores (v. el *Cromwell* de Carlyle y, en general, para la historia de la Revolución, la obra clásica de Guizot que, por desgracia, descuida bastante *el factor religioso*; además, el excelente compendio de Sterne). Todo lo hacía en nombre del Altísimo, todo su despotismo lo apoyó en la Biblia y en su ejército «de hombres piadosos inaccesibles á las tentaciones de la carne.» Nombrado Protector, ejerció un poder ilimitado, disolvió cuanto Parlamento se opuso á sus miras y sometió la Inglaterra entera á un régimen rigurosamente militar, aun en lo civil y lo religioso; mas en ese país no se concebía un gobierno sin las formas parlamentarias por lo menos, y para realizar su política extranjera, el Protector convocó uno que le ofreció el título de *rey* para constitucionalizar aquella situación y poder suprimir el régimen militar. Cromwell no lo aceptó; mas resucitó la antigua Cámara de

los Lores, y de aquí nuevos conflictos con los Comunes y nueva disolución.—En 1658 murió este hombre que algunos tienen por un gran comediante y que fué un piadoso del género trágico que confundía en una soberana inconciencia su ambición con la causa de Dios. A Cromwell debió Inglaterra mucha paz interior, fomento del trabajo y la prosperidad nacionales, libertad de conciencia para todos y libertad religiosa para la mayoría de las sectas protestantes, con grave escándalo de los puritanos mismos. En su tiempo tomó increíble vuelo la marina y se estableció un centro del poder mercantil inglés en las Antillas (Jamaica) que rompió el monopolio español en los países intertropicales. Quiso ponerse al frente de una vasta liga protestante, como Gustavo Adolfo, lo que era un anacronismo, y se alió con la Francia de Mazarini contra el poder español en quien sólo veía la espada del catolicismo.

4. *La restauración.*—Cromwell dejó por heredero á su hijo Ricardo que cedió pronto el puesto al poder militar; siguieron haciéndose y deshaciéndose Parlamentos y hasta el Parlamento Largo, mutilado, tornó á reaparecer. En medio de la anarquía general, un antiguo compañero de Cromwell, el General Monck, haciéndose eco de la opinión popular profundamente fatigada de militarismo y puritanismo, devolvió el poder á los Estuardos refugiados en Holanda. El rey Carlos II, príncipe amable, inteligente, ligero, sin patriotismo y sin virtud, ocupó el ensangrentado trono de la vieja Albion en 1660. Una cosa quedaba demostrada: la forma parlamentaria de la libertad inglesa era indestructible; todo el porvenir estaba en eso.

LUIS XIV Y LA HEGEMONIA FRANCESA.

(SIGLO XVII.)

1. La Regencia, Mazarini y las Fronidas.—2. Los comienzos de Luis XIV; organización de la prosperidad de Francia.—3. Período de guerras y conquistas.—4. Supremacía política é intelectual de Francia.—5. El absolutismo; revocación del edicto de Nantes.

1. *La Regencia; Mazarini; las Fronidas.*—El Parlamento de París no era el Parlamento de Londres; simple Corte Suprema de Justicia, en sus comienzos, los legistas no hacían sino el papel humilde y arrodillado de asesores de los *Pares del reino*; poco á poco los nobles dejaron á los legistas sus fatigosas funciones, y estos legistas fueron adquiriendo en propiedad sus empleos y la herencia los convirtió en una nobleza especial. Como necesitaban tener á la vista las leyes del reino, ellos llevaban el registro de toda disposición emanada del soberano, de donde nació la función, eminentemente constitucional,

de decir cuáles de esas disposiciones estaban ó no en acuerdo con dichas leyes y de hacer observaciones (*remontrances*), lo que dió á aquel cuerpo un carácter político; y no sólo se hizo costumbre no considerar las leyes bien promulgadas mientras no las inscribía en sus registros el Parlamento, sino que éste se atribuyó la decisión en los conflictos entre poderes, y aun intervino directamente en la suerte de Francia, como cuando llamó á la regencia á María de Médicis; á la muerte de Luis XIII, anulando el testamento del rey, dió la regencia, durante la minoría de Luis XIV, á su madre Ana de Austria (hermana del rey de España, Felipe IV), sin las limitaciones que su marido le había querido imponer. — La regente española era una garantía, para nobles y católicos (todos ellos hispanizantes), de que el gobierno abandonaría la política de Enrique IV y Richelieu; la decepción fué terrible. Ana confió el poder á uno de los mejores agentes italianos de Richelieu, á Mazarini, que llegó á ejercer inmenso ascendiente sobre la reina, al grado de que probablemente llegó á hacerla su esposa secretamente, porque Mazarini, aunque logró ser cardenal, nunca recibió las órdenes sacerdotales. Mucho más egoísta y ambicioso que su ilustre antecesor, de menos geniales designios, más astuto y menos duro de corazón, Mazarini fué también un gran servidor de Francia. En cuanto pudieron notar los privilegiados que aquel hombre seguía las huellas del odiado patriota de la roja túnica, empezaron á tramar su ruina. — Francia, entretanto, conquistaba la supremacía militar sobre España y los imperiales, gracias al gran Condé y á Turena, y sacaba señaladas ventajas de la paz de Westfalia, quedando sólo en guerra con España aislada. Mas la mala administración financiera, entregada á una horda de ladrones (de cuyas ganancias participaba Mazarini) iba haciendo cada vez más intolerable la situación.

La idea racional de igualar ante el impuesto á los magistrados del Parlamento con los simples ciudadanos, indignó á este alto cuerpo; la reina ordenó la prisión de los magistrados que guiaban á los descontentos, pero el populacho de París, excitado por los nobles enemigos del ministro, se sublevó; la reina, el rey niño y la Corte huyeron de la capital, después de humillarse ante el Parlamento. La hermana del gran Condé atrajo á Turena al partido del Parlamento, pero Condé estaba con la Corte, que volvió á París cuando hubieron sido vencidos los parlamentarios; así terminó, en 1649, lo que los franceses llamaron *la primera Fronda*. — Condé quiso gobernar entonces y arrancar el poder á Mazarini, de donde resultó una nueva guerra civil entre el célebre general, apoyado por los príncipes de su familia y secundado por París, sublevado de nuevo, y la fugitiva Corte cuyas fuerzas mandaba ahora Turena;

tal fué *la segunda Fronda*. Condé, vencido, se refugió en el ejército español, y después de la victoria de las *Dunas*, Mazarini dictó á España la paz de los Pirineos. Las dos ramas de la casa de Austria quedaban vencidas; Francia enriquecida en territorios y Luis XIV casaba con una hija del rey de España, renunciando á todo derecho sobre la corona ibérica, á no ser que la dote de su mujer no fuese pagada; y efectivamente no se pagó (1659). Dos años después murió Mazarini.

2. *Los comienzos de Luis XIV. — Organización de la prosperidad de Francia.* — Luis XIV heredó una Francia que tocaba á sus límites naturales, el Rhin y los Pirineos, que ejercía una especie de hegemonía sobre los principúculos alemanes y había conquistado el primer puesto militar en Europa; pero sin hacienda, sin marina y con una prosperidad apenas naciente. Luis XIV no era ni un hombre de genio, ni un hombre de corazón; lo que tenía era una ambición sin límites y un concepto altísimo de sus derechos, ambas cosas conjugadas con el más absoluto orgullo que hubo jamás, con una cualidad política de primer orden, el *don de hombres*, la facultad de saber escoger á sus agentes, y una voluntad más alta que la fortuna, y superior á los reveses.

El rey, desde que, á la muerte de Mazarini, manifestó que quería reinar solo, mostró singulares aptitudes para el trabajo y para el placer; prodigaba su vida en diversiones incesantes en que daba el tono por su elegancia nativa, su cortesía exquisita con las señoras y su afición á los galanteos, como buen nieto de Enrique IV; empezó así á gozar Francia el imperio del buen gusto y de la moda sobre la sociedad culta de Europa. Pero al mismo tiempo estudiaba el rey todos sus actos y se aplicaba seriamente al estudio de la ciencia de gobierno tal como la concebía: según él, Dios daba á los reyes dotes sobrenaturales, como que eran sus mandatarios directos; pero para conservarlas, debían someterse á dos grandes deberes: la justicia y el trabajo. — Su primera preocupación fué organizar la hacienda, bastante descuidada en las épocas anteriores; dió á los dilapidadores un golpe terrible en su jefe Fouquet, el patrón de los *fermiers généraux*, que eran los verdaderos dueños de Francia, á la cual exprimían sin piedad, para sacar el monto anual del arrendamiento de los impuestos y realizar colosales fortunas. Fouquet fué juzgado y sentenciado por el rey mismo á prisión perpetua, á pesar de sus relaciones, de su carácter simpático y de la adhesión de muchas personas ilustres á quienes protegía. — Colbert se encargó del gran trabajo de organización y lo realizó á maravilla. Aumentó el valor del arrendamiento, instituyó tribunales para perseguir á los prevaricadores, hizo más soportable *la taille* que pesaba sólo sobre los campe-

sinos y disminuyó el número de los exceptuados. Además, fomentó las fuentes de la riqueza pública, creando grandes industrias protegidas por un sistema prohibitivo que impedía la competencia de las industrias extranjeras, y así nacieron, entre otras muchas, las renombradas fábricas de los Gobelinos (tapices) y de Sévres (porcelanas). Creó una marina poderosa; estableció puertos de primer orden, como Brest; abrió vías de navegación interior que aun hoy son veneros de riqueza, como el canal de Languedoc; protegió la expansión colonial; para coronar su plan, estableció las academias de ciencias, de inscripciones y de arquitectura, y así aseguró á Francia su propiedad artística y científica.—Tales fueron los trabajos fecundos de la paz; por desgracia todo ello se consideraba como subalternado al fin principal que era la gloria del soberano; y quien decía gloria, decía victorias y conquistas, es decir, guerra. Para prepararla directamente encontró Luis XIV dos hombres admirables: Louvois, que corrigió con férrea mano los abusos de la nobleza, estableció una jerarquía rigurosa, organizó perfectamente la infantería y desenvolvió sobre bases científicas, puede decirse, la administración y la contabilidad del ejército, y Vauban, el más notable tomador de ciudades de su tiempo y el mejor fortificador de plazas que hasta entonces hubo; rodeó á su país, con una actividad maravillosa, de una verdadera cintura de hierro, que dos y tres veces salvó á Francia de la invasión. ¡Y qué diferencia entre Lubois y Vauban! El uno duro, despiadado, profundamente corrompido, empujaba sin cesar á Luis XIV á la guerra; el otro, el ingeniero, humano y patriota como ninguno, no sólo cifró todo su arte en ahorrar la sangre de los combatientes, sino que estudió las miserias del pueblo con indecible amor y propuso el modo de remediarlas en un libro lleno de verdades y profecías, que tituló: *El diezmo regio*, lo que le valió, en su vejez, el enojo y esta frase de su rey: «Este hombre está loco de amor por el bien público.» ¿Hay mejor elogio?

3. *Período de guerras y conquistas.*—La diplomacia francesa, dirigida admirablemente por Hugues de Lionne, también contribuyó á preparar la ruta de los triunfos del joven rey, sosteniendo la ambición del soberano resuelto á hacer en Europa el primer papel; ayudando á los holandeses contra los ingleses, cuyo rey Carlos II aceptó al fin una subvención de Luis XIV, á quien subalternó la política británica; auxiliando á los portugueses á emanciparse de los españoles y haciéndose respetar donde quiera.—A la muerte de su suegro, el rey Felipe IV de España, Luis XIV pretendió, en compensación de la dote insoluta de su mujer, apoderarse de los Países Bajos y estalló la guerra, en que el rey hizo su aprendizaje, mezclándose á las operaciones que dirigían los primeros capitanes de la época, Turena, Condé y Luxemburgo. El lujo y la

ostentación desplegados por la Corte en campaña, ofuscaron á los contemporáneos; del terciopelo y el oro pasaban los nobles al combate y á la victoria. Flandes y el Francocondado fueron conquistados; mas Holanda, que quería á los franceses por aliados, no por vecinos, explotó la envidia y el temor de Europa para formar una liga contra Francia, que tuvo que retroceder (Paz de Aquisgram, 1669). Esta retirada era para cobrar aliento y castigar á Holanda, nulificándola como poder marítimo y comercial; la diplomacia expertísima de Francia preparó el golpe adquiriendo la neutralidad de Europa y la alianza de Inglaterra. En Holanda había un partido republicano que quería la paz, dirigido por los hermanos de Witt, y otro que deseaba la guerra y entregar el poder á un descendiente del Taciturno, á Guillermo de Orange. La campaña, funesta al principio para los holandeses, parecía dar razón al partido de la paz; Holanda la solicitó cediendo á Francia todo el dominio del Escalda; Luis, mal aconsejado por la ambición siniestra de Louvois, rehusó, y una revolución estalló en la amenazada y humillada república; los de Witt fueron asesinados y Guillermo proclamado *stathuder*, con facultades dictatoriales; Guillermo no era un gran hombre de guerra, era, en cambio, un gran político, cuyo odio supremo de calvinista y holandés, era abatir el poder de Luis XIV, que ya se daba ínfulas de jefe del catolicismo en Europa, y aniquilar el poder marítimo de Francia que amenazaba al de Holanda (1672).—La guerra tomó luego un carácter terrible; Amsterdam rompió sus diques y el mar la salvó convirtiéndola en isla, mientras Guillermo ligaba contra Francia al imperio, España y Dinamarca. Los franceses, gracias al genio de Turena, arrojaron á los alemanes del territorio invadido, y aunque después de la muerte de este gran capitán, llorado por la Francia entera, la invasión de Alsacia vuelve á amenazar el corazón de la monarquía, Condé recobra al fin el terreno perdido, mientras Duquesne y su escuadra baten y destruyen en las costas de Sicilia á las flotas holandesas mandadas por el célebre Ruyter, que muere. Esto obligó á Carlos II á ceder, ante el Parlamento indignado, y á unir á Inglaterra á la liga. Luis, á quien Colbert advertía del agotamiento de los recursos, en 1678 firmó la paz (Nimega) quedando dueño del Francocondado y muchas plazas de Flandes; el pueblo entusiasmado le llamó *Grande*; algunos magnates le tributaron honores casi divinos y el sol fué su emblema; se dejaba llamar el Rey-Sol. Como todo era lícito para él, en plena paz siguió sus conquistas, concluyó la anexión de Alsacia y se apoderó de Strasburgo y Luxemburgo.

4. *Supremacía política é intelectual de Francia.*—En su admirable obra sobre la civilización inglesa, Buckle ha demostrado que las letras y la ciencia deben nada á la protección de Luis XIV, y que, al contrario, esta protección bastardeó las unas y de-

tuvo el progreso de la otra. En el fondo esto es cierto; el despotismo sólo busca complacencias y esto sofoca la libertad, y sin libertad de ánimo no hay literatura ni arte vivideros; en cambio, esta disminución en la potencia del espíritu está compensada, en parte, con la protección de un Mecenas que emancipa al hombre genial de las diarias preocupaciones de la vida en prosa, y esta libertad no es despreciable. Respecto de la ciencia, la protección es necesaria, indispensable á veces; un literato lo saca todo de su talento mismo; un sabio necesita instrumentos de trabajo que frecuentemente sólo el Estado quiere ó puede procurar. ¿El reinado de Luis XIV creó la literatura francesa en su gran período clásico? No; antes de Luis, á los comienzos del siglo, produjeron sus obras mejores Descartes, el más grande de los innovadores del siglo, en ciencia y filosofía; Pascal, eminente como matemático y físico, más aún como pensador, el creador verdadero de la prosa clásica francesa; Corneille, hijo de la literatura española, que en sus manos pasó de lo sobrenatural á lo heroico y lo humano al mismo tiempo, y que puede considerarse como el verdadero fundador del teatro francés, pues del *Cid* data la tragedia clásica; de *Psyquis* la ópera cómica; de *Rodoguna* el melodrama, y la comedia del *Mentiroso*. De estos hombres geniales derivan Molière que imprimió á la comedia un sello perpetuo de verdad, de naturalidad, lo que ha hecho de él uno de los más admirables pintores de la humanidad que la humanidad haya producido; Racine, el poeta de impecable estilo, de sensibilidad exquisita, que ha sabido, como nadie, excitar la piedad en un lenguaje musical y puro, y que era tan noble en sus concepciones como Corneille era grande; Lafontaine, quizás el más original de todos en sus fábulas, y sin duda el más notable combinador de rimas que hubo entonces; Boileau, que se propuso reobrar contra el mal gusto reinante, aplicando la razón al estudio de la naturaleza, como regla suprema del arte, concebido de un modo un tanto estrecho; Bessuet, hombre de gobierno, apasionado de la autoridad y de la unidad, verdadero padre de la Iglesia hasta en sus admirables sermones, en cuyos principios reconcentra los rasgos oratorios, dejando para el fin la fría conclusión teológica y doctoral; Fénelon, carácter enigmático, que á veces aparece bueno y otras no, y escritor distinguidísimo y atrevido en sus ensueños sociales y teológicos; Mme. de Sevigné, que en aquel siglo de prosa solemne y majestuosa, se muestra tan pintoresca, tan graciosa y tan original, y Bourdaloue y La Rochefoucault, etc. Pero si ninguna influencia directa tuvo el rey en la creación de aquella literatura destinada á reinar largo tiempo sobre la Europa entera y á ser la parte luminosa, digámoslo así, de la hegemonía militar y política que Francia ejercía, sí influyó indirectamente en el carácter general de esta literatura. La vida de la corte, la etiqueta, la urbanidad, la galantería, el lujo espléndido y solemne, la conversación espiritual y rebuscada, eran en parte obra del rey, que había acabado de transformar á los señores feudales en obsequiosos cortesanos que legislaban en el mundo culto en materia de moda y arte; esta sociedad refluyó é imprimió su carácter en la literatura clásica que se inclinó á las abstracciones; reductora de la lengua á un vocabulario selecto, lo que la volvió propia para expresar ideas y conceptos generales, y desdeñosa de lo útil, de lo práctico, del dato concreto y de la observación directa; además la hizo solemne, refinada y facticia. Todo esto es cierto, pero no absolutamente cierto, cuando se piensa en Lafontaine, en Molière y en otros de la misma época, para quienes el mundo real tenía más importancia que el convencional. Estos males apuntados explican por qué, al fin del reinado, las letras habían caído en el

amaneramiento y se eclipsaban; Francia sólo reinó entonces por el buen gusto y la conversación, que toda la sociedad culta de Europa imitaba pálidamente.

5. *El absolutismo; revocación del edicto de Nantes.*—El absolutismo quedaba definitivamente constituido; parecía á unos el gobierno natural, á otros el gobierno ideal. El rey absorbe en sí todas las funciones que en los tiempos feudales se habían distribuido el clero, la nobleza, los municipios; de él dependen todos, depende todo; la vida y la libertad de sus súbditos es suya, la hacienda de los habitantes suya es, porque Francia es su tierra, su patrimonio conquistado por sus antepasados, palmo á palmo, y el derecho de conquista da derecho sobre todo lo conquistado; así comprende la noción de la soberanía Luis XIV. Queda entonces establecida una enorme máquina de centralismo que transmite, irregular y torpemente aún, el movimiento á toda la administración que se compone de ministros que son puros dependientes del soberano; en la parte meramente fiscal, de agentes del Ministro de Hacienda (*controlleur général*) que se llaman intendentes, y un grado más abajo, subdelegados, que dirigen todos los negocios, fijan, distribuyen, cobran el impuesto y levantan las milicias, hacen los caminos, emplean la policía rural, gobiernan la asistencia pública, reglamentan el cultivo y tutorean despóticamente á los municipios y parroquias. Esta maquinaria del centralismo la heredó la Revolución y la extremó, mas no la inventó; la Convención fué la heredera directa de Luis XIV en cuanto á régimen administrativo, y Napoleón sólo fué el perfeccionador genial de la creación del Rey-Sol.

En el centro de una población de palacios destinados á la alta nobleza y á los príncipes reales, cada uno de los cuales tenía sus oficiales y domésticos por centenares, se levantaba Versalles, el Olimpo de Luis XIV, ¡que costó más de 150 millones de pesos! haciendo en la riqueza de Francia una oquedad que sólo el trabajo de muchas generaciones ha colmado, y todo para dejar una obra de arte colosal y mediana al mismo tiempo. Un abuelo de Luis XIV había petrificado en el *Escorial* su ideal de despotismo ascético y religioso: el Rey-Sol hizo de Versalles el santuario de sí mismo, y toda la nobleza, el alto clero y los aristócratas de la ciencia y del arte, compusieron el sacerdocio del nuevo dios, y asistían, formando verdaderas corrientes de oro y seda y pedrería, á los oficios del culto monárquico; los primeros títulos de la nobleza francesa presentaban al rey la copa ó la camisa, mientras que hidalgos de clase inferior, mas de talón rojo y espada al cinto, traían y llevaban el vaso dorado en que S. M. se dignaba dejar las más prosaicas reliquias de su vida animal (v. Taine, el Antiguo Régimen).

Una fe, una ley, un rey, tal era, en una frase, el programa del absolutis-

mo. Luis XIV, profundamente corrompido, aunque encubriendo siempre su corrupción con mucha elegancia y mucha cortesanía (descubriase la cabeza ante una mujer, aun cuando fuera una sirvienta), era devoto y, desde la muerte de sus diversas favoritas, dió entrada en su intimidad á Mad. de Maintenon, mujer por extremo discreta é inteligente, que supo cautivar al rey hasta obligarlo á un casamiento secreto; esta mujer de intriga, aunque mucho menos de lo que se ha supuesto, procuró y consiguió exaltar los sentimientos católicos del rey. Pero para éste, lo mismo que para todos los monarcas católicos del antiguo régimen, el fervor religioso no excluía el sentimiento de la supremacía sobre el Papa en el orden temporal. Luis, para sostener sus prerrogativas ó *regalías* en algunas provincias francesas, en materia de beneficios eclesiásticos, logró poner al clero francés, ya muy distinguido por su ilustración, en contra de su jerarca supremo, y adoptar en una famosa asamblea (1682) ciertas proposiciones que supeditaban la autoridad del Pontífice á la del rey en lo temporal y á los concilios ecuménicos en lo espiritual. Estas declaraciones de la *Iglesia galicana* causaron grave escándalo en la cristiandad católica, á pesar de que las autorizaba el prestigio inmenso de Bossuet.—Pero por lo mismo que se había manifestado intransigente con la Iglesia, en cuanto á su regia prerrogativa concernía, Luis quiso probar que era ferviente católico; ya había puesto su mano de hierro sobre un grupo disidente de austera conducta (lo que era una condenación de la del rey) y que, respecto del dogma de la gracia y de la justificación por las obras, se inclinaba á una interpretación análoga á la de los luteranos. Este grupo, que contaba á lo más selecto de la sociedad ilustrada en sus filas y cuyo cuartel general fué el convento de monjas de Port-Royal, era el de los *jansenistas* (del nombre del fundador Jansenius, Obispo de Ipern). Los Jesuitas lo habían combatido ardientemente, y uno de los primeros jansenistas, Pascal, publicó contra ellos el admirable libelo que llamó *las Provinciales*; en él, desenmascarando la moral llena de laxitud y complacencia de los jesuitas, revela en realidad el secreto de su influencia: eran condescendientes porque conocían mejor el corazón humano.

Pero la obra magna del catolicismo borbónico fué la *revocación del Edicto de Nantes*, que ya modificado por Richelieu, garantía á los protestantes la igualdad civil y el libre ejercicio del culto en ciertas regiones de Francia. Bajo el nombre de *revocación* se comprende una serie de medidas de vejación primero (privar de ciertas funciones públicas), de persecución luego (expulsar á los sacerdotes y obligar á los fieles á permanecer en Francia, bajo pena de muerte ó galeras), y por último, de iniquidad espantosa (arrebatar en masa los niños á sus padres protestantes, medida calurosamente recomendada por Bos-

suet). El infernal Louvois inventó, para convertir á los protestantes en el Languedoc, en los Cevennes, en el Oeste, obligarlos á dar alojamiento á soldados sobre todo dragones (por eso esta serie de iniquidades se llamaron *dragonadas*) que cometían inauditos atropellos.—Dos grandes resultados se consiguieron con aquella persecución: extinguir casi el protestantismo en Francia; ciudades enteras fueron convertidas por el terror, pero los hijos de los convertidos ya fueron católicos; y en segundo lugar, dejar á Francia privada de la parte más sana, más sumisa á la ley, más trabajadora y más ilustrada de su población. De los doscientos mil hugonotes que lograron expatriarse, ha nacido, en gran parte, la industria alemana, sobre todo la de Berlín, y la holandesa y aun la inglesa y la suiza. Los descendientes de los hugonotes, todos útiles, cuando no sabios ó industriales eminentes, han guardado un despego profundo por la patria que les negó un día lo que es la patria en substancia: el altar, el hogar y la tumba.

INGLATERRA Y FRANCIA.

(SIGLOS XVII Y XVIII.)

1. Fin de la lucha entre el absolutismo católico y el parlamentarismo protestante en Inglaterra.—2. Guillermo de Orange.—3. Europa al finalizar el siglo XVII.—4. La guerra de sucesión de España; la paz de Utrecht.—5. Bancarrota del absolutismo.

1. *Fin de la lucha entre el absolutismo católico y el parlamentarismo protestante en Inglaterra.*—Los Stuarts de la Restauración habían sacado poco provecho de la terrible lección que el pueblo inglés dió á su padre y trataron de restablecer el absolutismo, convirtiendo en una simple fórmula al Parlamento y de volver á la tolerancia primero y al predominio del catolicismo luego; ambas cosas herían en el corazón á la mayoría de las clases directoras del pueblo inglés.—El reino de Carlos II, subvencionado por Luis XIV y gobernado por sus vicios, es una lucha entre las inclinaciones del rey y las aspiraciones de la nación; pero la lucha no llegó á la revolución, porque el rey, que no carecía de inteligencia política, cedía ante el Parlamento; por eso se prestó á las persecuciones contra los católicos, por eso hizo la guerra á su acreedor Luis XIV, por católico y porque amenazaba disputar á los ingleses el imperio del mar al que aspiraban ya; por eso, después de mucho resistir, confirmó en 1679 la garantía tradicional del *habeas corpus*, «que daba derecho á todo inglés á ser puesto en cortísimo plazo á disposición del juez competente y á obtener la libertad mediante una caución proporcionada á la importancia del delito.» Los últimos años del reinado de Carlos II fueron empleados en combatir contra el